

## TESIS II

### **Un siglo de lucha del proletariado mundial: grandes triunfos y conquistas; crisis de dirección y decadencia de la humanidad**

Antes de los años '80 del siglo pasado el proletariado sólo apareció en la escena histórica en forma esporádica, en momentos cruciales como la revolución de 1848 y en la organización de la Primera Internacional, que culminó con la Comuna de París. Pero es apenas durante las tres últimas décadas del siglo XIX que el proletariado con sus aliados, los pueblos y sectores oprimidos, pasa a ocupar el lugar de principal protagonista del proceso histórico. Sólo a partir de ese momento sus luchas adquieren un carácter continuado y sistemático. Durante el presente siglo no ha dejado de luchar ni por un minuto contra los explotadores, específicamente contra el capitalismo y el imperialismo. Gracias a sus luchas, el proletariado y los trabajadores lograron conquistas mínimas fundamentales como las grandes organizaciones sindicales, los partidos obreros, los derechos sociales y, a partir de la Revolución de Octubre, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, conquistas revolucionarias como la expropiación de la burguesía en numerosos países a los que transformaron en estados obreros.

A su vez, los aliados del proletariado —los pueblos atrasados, las nacionalidades oprimidas, los campesinos, las razas y sectores oprimidos— lograron también grandes conquistas. Por ejemplo, casi todas las colonias de los viejos imperios han obtenido su independencia política; los campesinos de muchos países atrasados consiguieron una mayor participación en la tenencia de la tierra; el pueblo vietnamita hizo sufrir su primera derrota militar al imperialismo norteamericano; las mujeres obtuvieron el derecho al voto, al aborto y al divorcio; en muchos países y en aquellos en los que se expropió a la burguesía también se expropió de raíz a los terratenientes; los negros de Estados Unidos avanzaron considerablemente en su lucha contra la discriminación, etcétera.

Esta lucha de más de un siglo de la clase obrera mundial contra el imperialismo está dividida en dos épocas claramente delimitadas por la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Hasta la Primera Guerra Mundial el proletariado logró conquista tras conquista, pero dentro del régimen capitalista e imperialista, sin cuestionarlo y sin plantearse la toma revolucionaria del poder. Es la época reformista. A partir del año 1914 y de la Revolución Rusa, se abre la época que hoy vivimos, de crisis y decadencia crónica del imperialismo y el capitalismo y de enfrentamiento de la revolución con la contrarrevolución mundial. Es la época de la revolución socialista internacional.

A pesar de estas grandes conquistas del movimiento obrero y popular, en estos cien años la humanidad y los trabajadores del mundo entero ven aumentar la miseria, las guerras, la posibilidad de un holocausto nuclear, incluso en los países que se reclaman del socialismo, es decir los estados obreros burocratizados. Esto es consecuencia de que el imperialismo —a pesar del siglo de lucha contra él— sigue dominando la economía mundial, y este dominio es fuente creciente de miseria, de represión, de guerras y sufrimientos inauditos para los trabajadores. La existencia de los estados obreros, de las colosales organizaciones sindicales y de los grandes partidos obreros no ha significado ninguna solución para esos terribles flagelos, sino por el contrario, su agudización, su agravamiento, como lo demuestran varios hechos contemporáneos: que los planes de explotación y miseria que llevan a cabo el imperialismo y los gobiernos de los estados obreros son apoyados por las direcciones de los grandes partidos obreros y de los sindicatos; que la humanidad ha sufrido dos guerras mundiales e infinidad de guerras locales; que vivimos bajo la amenaza presente de una nueva guerra nuclear que liquidaría toda expresión viviente en el planeta; que la invasión a Hungría y Checoslovaquia, como hay día Afganistán, por la URSS, como la de Camboya por Vietnam y la de éste por China, demuestran que la existencia de los actuales estados obreros no es una garantía contra la guerra sino que, por el contrario, acrecienta su peligro.

Este fenómeno altamente contradictorio —que el logro de grandes conquistas debidas a la heroicidad y fuerza de las luchas obreras y de los oprimidos hayan agravado la crisis de la humanidad— tiene una sola explicación: la crisis de dirección del proletariado mundial, que ha hecho que éste no haya podido hasta ahora derrotar al imperialismo, a pesar que podría

haberlo hecho desde hace décadas. Esta crisis es con secuencia de que todas las organizaciones reconocidas del movimiento obrero —sindicatos, partidos y estados— son controladas sin excepción hoy día por la burocracia y otras direcciones contrarrevolucionarias al servicio directo o indirecto del imperialismo, principalmente la burocracia stalinista de la URSS. La crisis de dirección del proletariado mundial, dicho de otra forma, la traición de las direcciones burocráticas reconocidas del movimiento obrero y de masas, son el factor decisivo de las derrotas históricas que se producen, de que todo triunfo o conquista sea congelado, frenado, y de que no haya sido derrotado el imperialismo.

Los grandes partidos obreros, los sindicatos y los estados obreros han quedado distorsionados en la camisa de fuerza de la burocracia: todos ellos son burocráticos, ninguno revolucionario. Todas las direcciones reconocidas sirven a la contrarrevolución.

Hay una diferencia en lo que a los aparatos contrarrevolucionarios se refiere: el aparato formado por las direcciones oficiales socialdemócratas sigue cumpliendo su papel contrarrevolucionario, y en la primera postguerra cumplió el papel decisivo; pero para frenar y entregar revoluciones el stalinismo no tiene e parangón. Es un producto de la época revolucionaria, el más gigantesco aparato burocrático contrarrevolucionario que ha conocido la historia. Estamos hablando de utilidad contrarrevolucionaria y no de aptitudes. Nadie es más agente de la burguesía que una dirección socialdemócrata pero su utilidad frente a un ascenso revolucionario para esa misma burguesía es mucho menor que la del stalinismo a escala mundial.

Debido a las direcciones socialdemócratas, las conquistas del proletariado bajo la época reformista terminaron en una derrota histórica: la guerra imperialista y la crisis de la Segunda Internacional. Gracias a los socialdemócratas, la revolución socialista europea quedó circunscripta a la URSS y fue derrotada en Italia, Hungría y, lo más importante, en Alemania. Posteriormente, el stalinismo ocupa su lugar de primera línea como agente contrarrevolucionario en las filas obreras y a él se deben las derrotas posteriores.

La época revolucionaria se divide, entonces, en tres etapas claramente delimitadas:

**La primera:** desde 1917 a 1923, en la que triunfa la Revolución de Octubre en Rusia como consecuencia de la existencia de un partido marxista revolucionario, se funda la Tercera Internacional y estalla la revolución europea.

**La segunda:** desde 1923 a 1943 aproximadamente, que se abre a partir de la derrota de la revolución europea, inaugura veinte años de derrotas ininterrumpidas, lleva al surgimiento y triunfo del stalinismo en el seno de la URSS y de la Tercera Internacional, que ayuda con su política a los triunfos fascistas de Chiang Kai-shek, Hitler, Franco y a la segunda guerra imperialista mundial.

**La tercera:** es esta postguerra, en donde nos encontramos con el más grande ascenso revolucionario conocido, que consigue expropiar a la burguesía en China y en la tercera parte de la humanidad. Pero ahora, debido a que el stalinismo sigue siendo la dirección predominante, relativamente fortalecido por la derrota militar del nazismo, los estados obreros que surgen son estados obreros burocratizados y el capitalismo puede recobrase en Europa. Resumiendo, los dos elementos determinantes de todos los fenómenos contemporáneos, las causas última y primera, las que determinan con sus distintas combinaciones todos los fenómenos, son el *ascenso revolucionario* de las luchas de la clase obrera y de los pueblos atrasados por un lado, y *la crisis de dirección revolucionaria* por el otro. Esto último confirma por sí la validez de la Cuarta Internacional.

A partir de la primera guerra imperialista, al iniciarse la época de crisis definitiva del imperialismo y el capitalismo, la época de la revolución socialista, cambian las relaciones causales de los acontecimientos históricos. En relación con las grandes épocas históricas y el desarrollo normal de las sociedades, el marxismo ha sostenido que el hilo rojo que explica todos los fenómenos son los procesos económicos. Pero en una época revolucionaria y de crisis, esta ley general tiene una refracción particular que invierte las relaciones causales, transformando el más subjetivo de los factores —la dirección revolucionaria— en la causa fundamental de todos los otros fenómenos, incluso los económicos. Hasta la Primera Guerra Mundial el proceso económico tenía un carácter predominante y en cambio no tenían mayor importancia los factores subjetivos. La misma lucha de la clase obrera era reformista porque no atentaba contra el proceso de acumulación capitalista, contra el desarrollo económico capitalista, contra sus leyes, sino a lo sumo significaba una ligera variación al proceso. Por eso fue una época reformista. Pero a partir de la Primera Guerra Mundial ya no es así. Los procesos

económicos dejan de ser los determinantes; y el factor subjetivo —la dirección— se convierte en el fundamental. No olvidemos que esto es así porque toda la época está determinada por la lucha revolucionaria de las masas.

La existencia de Marx y Engels en el siglo XIX no fue un factor objetivo en el desenlace de ningún proceso histórico. Su existencia no pudo garantizar el triunfo ni evitar las derrotas de la revolución proletaria en el año 1848 ni en la Comuna de París. En cambio la existencia de Lenin y Trotsky y del Partido Bolchevique pudieron garantizar el triunfo de la Revolución de Octubre, mientras que en Alemania la inexistencia de un partido bolchevique y de un Lenin y un Trotsky hizo que no se pudiera garantizar el triunfo de la revolución socialista. De la misma manera, la existencia de direcciones contrarrevolucionarias burocráticas al frente de los grandes partidos socialistas permitió el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Una consecuencia histórica fundamental de esta inversión en la línea causal de los acontecimientos históricos se va a reflejar en la dialéctica de triunfos y derrotas del proletariado mundial.

La izquierda socialdemócrata, confiada en el proceso lineal y evolutivo, al comprobar retrocesos y derrotas de éste como consecuencia de la inmadurez del proletariado o de la traición de sus direcciones, formuló una ley marxista, dialéctica, en una bella frase: el camino del proletariado está plagado de derrotas que llevan al triunfo. Señalaban así la dialéctica de derrotas y triunfos, su transformación de unas en otros. Pero la Primera Guerra Mundial, al hacer aparecer con toda crudeza el nuevo factor determinante del proceso histórico —la crisis de dirección revolucionaria del proletariado mundial— estableció una dialéctica invertida de las relaciones entre los triunfos y las derrotas que vale para toda la época que se abre con la Primera Guerra Mundial, y es más actual que nunca. Podemos formular de la siguiente manera: mientras el proletariado no supere su crisis de dirección revolucionaria no podrá derrotar al imperialismo mundial y todas sus luchas, como consecuencia de ello, estarán plagadas de triunfos que nos llevarán inevitablemente a derrotas catastróficas. Nada lo demuestra mejor que el *boom* económico de esta postguerra: su verdadera causa es la traición del stalinismo, que llamó a los obreros occidentales a trabajar más que nunca para el imperialismo.

Mientras los aparatos sigan controlando al movimiento de masas, todo triunfo revolucionario se transforma inevitablemente en derrota. Esto se debe a la relación de los aparatos burocráticos con la movilización permanente de los trabajadores. Toda dirección burocrática saca su fuerza del apoyo directo o indirecto que tiene de los explotadores para que frene la movilización permanente de los trabajadores. Por otra parte, esta movilización es una amenaza mortal para la propia burocracia. De ahí que toda conquista que la burocracia se ve obligada a encabezar es administrada por ésta para frenar la movilización revolucionaria, para detenerla en esa conquista, en ese punto del proceso. Pero en esta época revolucionaria todo avance que no es seguido de otro avance significa un retroceso. De ahí que la burocracia con su política de freno por un lado, de defensa de sus privilegios frente a las masas por otro, está obligada a luchar contra la movilización permanente de los trabajadores, a transformar sus triunfos en una derrota de la revolución permanente.